

tes de Constanza, de Basilea, de Pisa y de Florencia, en que los padres se consideraron y condujeron como verdaderos representantes de la Iglesia; punto muy delicado para la autoridad del pontífice de Roma. Tal vez creía que un Concilio no era ya eficaz para cortar los males que iba produciendo la heregía y en efecto, á la altura en que se hallaba este negocio, ya era mas asunto de armas, que de controversia. Era preciso ó tolerar existencia del Luterano, ó estirparle por medios de material coaccion ó de violencia. Así lo veía todo el mundo: así lo conocían los mismos protestantes, que al principio pidieron Concilio, que despues pusieron por condicion que se celebrase en Alemania, y al último no quisieron ya Concilio. Entre el luteranismo y la iglesia católica se habia abierto ya una brecha inmensa. Eran ya dos cosas inamalgables, infundibles. Un Concilio compuesto de doctores de ambos bandos con objeto de discutir, era imposible, sumamente peligroso. Compuesto solo de prelados y católicos, tenia que comenzar lanzando condenaciones, censuras y anatemas. La cuestion era, pues, si estas bastarian sin emplear la violencia de las armas.

La cuestion de la reforma en la disciplina y negocios meramente temporales de la iglesia, era sumamente delicada y espinosa. Esta idea no la desconocía la curia romana, mas sonaba mal, y sobre todo repugnaba el conceder que á los abusos de que tanto se quejaban, se debiesen en parte las heregias que afligian á la iglesia. Ya hemos visto lo objeto de censura que fué el papa Adriano VI, porque habia hecho ver á la Dieta de Nuremberg que él era el primero en reconocer en el azote de la heregía un castigo de la divina Providencia.

En fin, despues de varios pasos y negociaciones, sobre el punto donde debia celebrarse, despues de haber decidido el papa que fuese presidido por legados suyos, fué el Concilio convocado para la ciudad de Trento en el Tirol, por un decreto del papa Paulo III, expedido

en 1.º de mayo de 1542, por el que se mandaba celebrar la primera sesion el 24 de junio de aquel mismo año.

Los legados del papa acudieron con puntualidad para el dia convenido; se juntaron tambien algunos otros padres y prelados, mas fueron en tan pequeño número, que no se pudo reunir el Concilio, y los padres tuvieron que volverse. Por aquel tiempo se celebró la dieta de Spira en 1543, con motivo de los socorros que dieron al emperador contra la Francia. Expidió Carlos el decreto de que no se molestaria á los protestantes, hasta que decidiese los puntos de controversia el próximo Concilio.

Disgustó mucho esta concesion á la Sede apostólica, y alentó en proporcion al partido luterano. Ya no hablaban estos de Concilio, como que á las decisiones de un Concilio no pensaban someterse. La desunion de los ánimos, la desconfianza mútua del emperador y el papa, la guerra encendida entre el primero y el rey de Francia, hicieron que se parase el negocio del Concilio, quedando como muerto, hasta que fué convocado por segunda vez para el 15 de marzo de 1545. Todavía en vista de los pocos que acudieron, se difirió la reunion para el 3 de mayo de aquel año. Mas á pesar de la prisa que ponía el pontífice, fueron tantos los obstáculos, las dificultades que se ofrecieron, la desconfianza en unos, la mala fé en otros, que el Concilio no pudo inaugurarse hasta el 13 de diciembre.

Comenzó la ceremonia con una solemne procesion, en que iban por su órden frailes, canónigos, obispos y legados. Se instaló solemnemente el Concilio, pronunciando el obispo de Bitondo el discurso de apertura: determinó abrir sus sesiones para el 6 de enero del año siguiente de 1546.

Fué el Concilio de Trento muy poco concurrido desde los principios. Asistieron á la ceremonia de la inauguracion, cuatro legados, cuatro arzobispos, veinte obispos, cinco generales de órdenes religiosas. De Francia no se presentó ninguno: de Alemania

muy pocos. Los oradores del emperador tampoco habian llegado todavía. Dió esta falta de asistencia lugar á inculpaciones, á reprimendas serias, y hasta indicaciones de acusar de contumacia á los ausentes. Hubo muchas excusas por parte de estos últimos, alegando causas de tardanza, y pidiendo nuevos plazos.

Se emplearon las primeras reuniones en la designacion de los empleados para la direccion de los negocios del Concilio, en decidir de qué modo se habian de contar los votos, y hasta el mismo título que al Concilio habia de darse. Algunos no querian que se llamase universal, por no poder considerarse como representacion de toda la iglesia, en vista del escaso número que habia concurrido; mas prevaleció la opinion contraria, aunque la denominacion que se dió desde los principios á dicha asamblea, no fué siempre la misma; indicándose con esto que no se hallaba el punto bastante decidido.

En la segunda sesion se dejó ver la diferencia de ideas y miras que animaban á los padres del Concilio. Querian algunos que comenzasen sus trabajos, haciéndose reformas en la disciplina de la iglesia, en las costumbres de sus prelados, en la administracion de sus negocios temporales. Tales eran las ideas del emperador y de la mayor parte de los prelados de Alemania. Alegaban para ello que así se quitarian muchas armas á los hereges que en muchas de estas corruptelas y abusos apoyaban sus doctrinas: mas la mayoría y el mismo pontífice á quien Carlos V escribió sobre el particular, rechazaron este orden de trabajos, como derogatorio á la dignidad misma de la iglesia. Sostuvieron que era impropio para los que se reunian con objeto de pronunciar, de decidir y condenar, dar principio á sus tareas acusándose á sí mismos, y ofreciendo este triunfo á sus contrarios: que de las reformas en la disciplina nadie habia que no reconociese la necesidad; mas que este negocio debia posponerse al de la manifestacion y pronunciamiento solemne sobre el dogma.

Prevaleció esta última opinion, y se decretó que empezase el Concilio sus tareas por el Credo. Se pasó á la inspeccion de los libros canónicos reconocidos como tales hasta entonces. Fué alguno de opinion que se los dividiese en dos clases; unos de fé ciega é implícita, otros de mera edificacion y de consejo; mas fué rechazada casi por unanimidad esta doctrina. Se propuso por otros si estos libros canónicos se debian examinar de nuevo; á lo que se respondió que ya lo estaban por la iglesia, y que un nuevo exámen seria dar un triunfo á los hereges que deseaban abrir campos de disputa y de contienda. Replicaron los primeros que el modo de convencerlos era examinar y discutir; mas en la votacion tuvo mayoría la opinion contraria. El Concilio se pronunció pues solemnemente sobre la admision de todos los libros canónicos sin distincion, y contra los que los desecharsen ó negasen, decidió lanzar un anatema, por veinte votos contra doce.

Se procedió despues á las tradiciones apostólicas, y despues de varias discusiones, se decidió que se les debía la misma fé que á la Escritura, lanzando el mismo anatema contra los que las desecharsen. Se resolvió asimismo declarar la Vulgata, único texto canónico entre todas las demas traducciones en latin de la Escritura, escogitando el modo de espurgarle de todos los yerros, que por descuido ó ignorancia de los copistas ó impresores se habian en ella introducido.

Mientras tanto continuaban las quejas contra los ausentes, cuyas excusas fueron todas desechadas. Se llegó hasta formular un decreto contra ellos; mas no fué leído en sesion publica.

Una de las disposiciones tomadas en aquellos dias por el Concilio fué la deposicion del arzobispo de Colonia, acusado de connivencia con los heresiarcas. Con este motivo volvieron muchos á insistir en que se pasase pronto á tratar de las reformas. El emperador lo solicitaba en sus cartas al pontífice, exponiendo la necesidad

de que se tratase de esto antes de pasar al dogma. Mas Paulo III desechó de nuevo sus indicaciones, lo que fué motivo de que los oradores del emperador se abstuviesen por un tiempo del Concilio. Los legados que le presidian en nombre del papa, y la mayoría de los padres, combatian con calor esta idea de entrar inmediatamente en las reformas. A nadie se priva, decian, de reformar sus costumbres: todo el mundo es libre de llevar cilicios y ponerse ceniza en la cabeza. La fé es lo primero por ahora, despues se pasará á las obras.

Comenzaron, pues, los padres por el pecado original que declararon como uno de los artículos del dogma. Sobre la inmaculada Concepcion de la Virgen no se atrevieron á decidir nada, por no herir la susceptibilidad de las órdenes religiosas, entre otras la de los dominicos que la desechaban.

Produjo la discusion grave y detenida sobre esta materia, cinco cánones relativos al pecado original cometido por Adán; á la trasmision de este pecado ó mancha á toda su posteridad; á la abolicion de esta mancha ó pecado por el sacramento del Bautismo, instituido por Jesucristo; á la absoluta necesidad de administrar este sacramento á cada individuo ó persona; á la abolicion por él no solo del pecado original, sino de cualquiera otro que hubiese cometido. En cuanto á la exencion de la Virgen de la ley comun, se mandó observar las constituciones de Sixto IV sobre la materia; explicándose este punto en términos que al manifestar lo piadoso de esta creencia de su inmaculada Concepcion, no se acusase de impia ni de irreligiosa la contraria.

Casi al mismo tiempo que se extendian y examinaban estos cánones, se tocaban algunos puntos relativos á la disciplina y gobierno de la iglesia. Se quejaban los obispos de las usurpaciones de su autoridad que en ciertos puntos cometian los superiores de las órdenes y comunidades monásticas, y se trató de cortar de raiz estos disgustos, restituyendo al poder episcopal sus atribucio-

nes. Se habló de la residencia de los obispos, considerándola como esencialmente obligatoria; se mandó que erigiesen cátedras tanto en las universidades como en las capitales de diócesis y comunidades religiosas, para la exposicion y explicacion de la Escritura, mandando que no se confiase este cargo sino á personas muy idóneas; que se hiciesen misiones, observándose la misma escrupulosidad con los revestidos del carácter de predicadores; que se abriesen escuelas gratuitas para enseñar á los pobres la gramática latina.

Habia celebrado el Concilio de Trento cuatro sesiones públicas en los cinco meses y mas que de instalacion llevaba. En 17 de junio de 1546, tuvo lugar la quinta, para aprobar los cánones relativos al pecado original y á la disciplina de la iglesia. Asistieron á ella cuatro cardenales, nueve arzobispos, cuarenta y ocho obispos, dos abades de monjes, tres generales de mendicantes, y varios otros teólogos, oradores.

Como se vé, se hallaba todavía el Concilio muy poco concurrido, lo que hacia repetir las quejas y amenazas de costumbre contra los ausentes. De Francia ninguno se habia presentado, hasta que por aquellos dias acudieron tres individuos, que despues de varios debates sobre los asientos, le tomaron al fin entre los padres.

Por aquel tiempo estalló la guerra entre el emperador y los príncipes protestantes del imperio, de que hicimos mencion en su lugar, y á la que contribuyó el papa con un auxilio de doce mil hombres de infantería y dos mil caballos que pasaron por Trento en su marcha al teatro de las hostilidades. Con este motivo no creyéndose bastante seguros y tranquilos en esta ciudad los padres del Concilio, trataron de que se trasladase á Italia, mas este punto dió lugar á sérios y vivos altercados.

La curia romana que habia siempre propendido á celebrar el Concilio en este último pais, aprovechó gustosa cualquiera ocasion ó motivo de la remocion de Trento, ciudad triste, de pocas comodidades y conveniencias,

donde la mayor parte de los padres residian con suma repugnancia. A esta mala localidad se atribuia la poca concurrencia á tan solemne asamblea de la iglesia. Mas el emperador se habia empeñado siempre en situar al Concilio lo mas próximo posible al teatro de las escisiones religiosas, para que se sintiese mas su influencia. De igual opinion habian sido los prelados alemanes, y hasta los protestantes mismos, cuando querian y pedian Concilio. En esto tambien se llevaria las miras Carlos V, de ejercer mas influencia personal en cuanto el concilio decretase. De todos modos, cuando se suscitó el punto de la remocion, se mostró tan adverso á la medida, como lo habia estado á su celebracion en algun pueblo de la Italia.

La generalidad de los padres deseaba la traslacion por los motivos ya expresados. La deseaba mucho el papa, y aun mucho mas los legados, temiendo los conflictos y embarazos que podrían suscitarse, en caso de morir el pontífice, ya de edad muy avanzada, durante la celebracion del Concilio en un punto tan distante. Mas el emperador cada vez se mostraba mas adverso á la remocion de la asamblea; y el papa, por no disgustarle, temiendo que llegase quizá á convocar un concilio nacional, no daba indicios de insistir mucho en la medida.

Reinaba, pues, en Trento una guerra sorda, entre los que deseaban y combatian la salida. Entre los primeros, los legados trabajaban por llevarla á cabo, haciendo ver á los de la parcialidad del emperador, que era ya imposible al papa continuar con los auxilios de la guerra, mientras continuase el Concilio de Trento, por los muchos gastos que se le seguian, y haciendo por otra parte ver al pontífice la necesidad de suspender el Concilio, en caso de que su traslacion fuese imposible.

El emperador se mantenía obstinado, y Paulo III irresoluto; las intrigas, negociaciones y disgustos iban en progreso, sin que el asunto llegase á su terminacion, cuando se declaró en Trento una enfermedad, que tenia, ó á la que se quiso dar, el carácter de contagiosa; con cu-

yo motivo, los amigos de la mudanza alzaron mas la voz, y el papa se decidió al fin á dar el decreto para la remocion de él á Bolonia, á donde inmediatamente se trasladaron los prelados. Sucedió esto por mayo de 1547.

Se irritó el emperador con la medida, y pidió al pontífice la vuelta del Concilio á Trento. Lo mismo suplicaron los prelados alemanes. Mas la corte romana no tuvo por conveniente acceder á la pretension, y expidió nuevas cartas de convocatoria, para que los padres del Concilio se encaminasen á Bolonia. Mas no pocos, sobre todo los españoles, de la parcialidad de Carlos V, se negaron á separarse de Trento.

En Bolonia se celebró una sesion, y se decidió que se suspendiesen hasta setiembre de aquel año. Mientras tanto ocurrió la victoria de Muhlberg contra el elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, lo que en lugar de hacerle ceder sobre la traslacion del Concilio á Bolonia, le movió á insistir de nuevo en que volviese á Trento. Mas esta medida era ya imposible, como tambien el que el Concilio continuase ya sus sesiones en Bolonia, con tantos altercados entre los que la deseaban allí, y los que persistian en permanecer en Trento. Así quedó esta asamblea como virtualmente suspendida.

Mientras se suscitaban estos puntos de traslacion y demas negocios puramente temporales, seguian adelante los padres con sus tareas de definir puntos de fé, y tomar medidas acerca de la disciplina de la iglesia. En cuanto á la primera parte, despues de los cánones ya referidos sobre el pecado original y sacramento del Bautismo, se pasó á los otros; pues sobre su número y efectos de su aplicacion rodaba una gran parte de las doctrinas de los heresiarcas. Se extendieron sobre esto nuevos cánones, y se lanzó anatema contra el que dijese é intentase que los sacramentos eran mas ó menos que siete; que no habian sido todos instituidos por Cristo; que lo estaban ya en lo antiguo; que tan solo los signos eran de la nueva; que no eran necesarios; que bastaba la preparacion

del alma y deseo de recibirlos, sin que lo fuesen en efecto. En cuanto á disciplina, se continuó el negocio de restituir toda su plenitud á la autoridad de los obispos; se decidió la obligacion de la residencia de estos en sus diócesis; que ninguno, y ni aun los cardenales, posesen mas que una, siendo extensivo hasta ellos la obligacion de residencia.

Mientras las contestaciones y negociaciones á que daba lugar la instalacion en Bolonia del Concilio, expidió el emperador su famoso decreto del *Interim* en Alemania, por el que se estableció lo que se habia de practicar y observar por los luteranos, ínterin decidia el congreso sobre aquellas controversias y disputas religiosas. Fué considerada esta medida por los protestantes como un rasgo de tiranía del emperador; en la curia romana causó aun mas desagrado, como atentatorio á la autoridad del pontífice y del Concilio mismo, mezclándose en materias fuera de la competencia de las potestades temporales. El papa trató de modificar este acto, y hacer en él las correcciones necesarias; mas le representaron sus consejeros que en esto mismo se comprometia su dignidad, y se prefirió el silencio á dar á entender de un modo tácito, que el emperador podia tener derecho de expedir decretos semejantes.

Poco despues falleció Paulo III, y fué sucedido por Julio III, que cuando cardenal, habia sido uno de los legados del Concilio. Como el emperador instaba siempre á que volviese esta asamblea á sus trabajos, y no se la convocase mas que para Bolonia, expidió el pontífice una bula, para que el Concilio volviese á reunirse en Trento.

Tuvo lugar la primera sesion en 1.º de mayo de 1550; despues de cerca de dos años que se habian suspendido sus tareas. El emperador, creyéndose ya en estado de dar la ley á los protestantes de Alemania, volvió á insistir en que se tratase de reformas en la disciplina, para quitar de un todo los pretextos y motivos que los herejarcas alegaban. El papa manifestó que entraba per-

fectamente en sus consideraciones. El Concilio comenzó sus tareas; tratando de dogmas de creencia; extendiéndose mucho sobre el de la Eucaristía tan combatido por la secta de los sacramentarios.

A este concilio que se consideraba como una mera continuacion del anterior, acudieron tambien prelados franceses; mas se vió como una ofensa en el Concilio, el que las cartas credenciales que se leyeron en su seno, designasen esta asamblea con el nombre simple de *conventus* (reunion) sin emplear el de sínodo ó Concilio. Al fin se apaciguaron algo con las explicaciones que los oradores dieron de palabra explicando la de *conventus*, que en nada derogaba á la importancia y dignidad de a asamblea. Mas la Francia se habia manifestado en todas ocasiones poco adicta al Concilio, sin duda porque el emperador le promovia. Así no fueron admitidas nunca en aquel pais sus decisiones de ninguna época.

Las tareas en esta segunda del concilio de Trento procedieron con mas lentitud que en la primera. A las decisiones sobre el sacramento de la Eucaristía, siguieron las relativas á la penitencia. Se tomó entonces la medida de dejar pendientes ciertos puntos, invitando á los protestantes á que viniesen á esgrimir sus armas en la controversia, lo que no se habia hecho en la primera época. Mas los protestantes no asistieron: les estaba preparando triunfos mas sólidos y seguros, Mauricio de Sajonia, convertido repentinamente de consejero, de amigo, de protegido del emperador, en su enemigo. Huyó Carlos V delante de su nuevo rival, y como hemos visto, se vió muy en riesgo de caer prisionero en manos del que hacia poco se llamaba su favorecido.

Tuvieron grande influencia estos acontecimientos en las tareas del Concilio. Llegaron los padres á verse realmente en peligro por la aproximacion á Trento del teatro de las hostilidades. Destruyó completamente el tratado de Passan las esperanzas que podia tener la corte romana de ver reducidos á los luteranos de Alemania al

seno de la iglesia. Declarada otra vez la guerra entre el emperador y el rey de Francia, necesariamente se habia de resentir de ello la buena armonía del Concilio, donde se hallaban padres de las dos parcialidades. Quedó así suspendida virtualmente esta asamblea, y no volvió á reunirse otra vez hasta diez años despues, cuando llevaba ya Felipe II siete de reinado.

Así el Concilio de Trento no produjo efecto alguno en cuanto á la restitucion al seno de la iglesia de los protestantes de Alemania y otras partes. Estaba ya la escision muy decidida y pronunciada, y á demasiada distancia los principios de los disidentes de los adoptados como bases fundamentales por la iglesia. Era imposible que apagara el fuego ya tan encendido una asamblea, que no se reunia para examinar y discutir, sino para pronunciar y fulminar anatemas contra los que no adoptaban sus creencias. Entre tratados de tolerancia mútua y guerra abierta no habia medio. En cuanto á reformas en la disciplina de la misma iglesia católica no dejó de ocuparse de este asunto el Concilio como ya hemos visto; pero como objeto secundario. De la necesidad de estas reformas, como un punto de teoría, todo el mundo estaba convencido y penetrado; mas cuando se llegaba á la práctica se encontraban obstáculos insuperables. Unos no la querian verdaderamente por ser parte interesada. En otros heria y ofendia mucho su amor propio la consideracion de que se hiciesen estas reformas, cediendo á las exigencias y clamores de los mismos heresiarcas. Se mezclaban en estos negocios demasiadas pasiones y parcialidades. Los intereses mundanos y los religiosos se hallaban tan extrañamente ligados entre sí, que es muy difícil decidir la parte que verdaderamente pertenecia á cada uno. Los papas eran soberanos temporales al mismo tiempo que pontífices: en los demas príncipes subia y bajaba el fervor é intolerancia religiosa segun el barómetro de su política. No miraban precisamente el papa y Carlos V bajo un mismo aspecto las disidencias

religiosas de Alemania, ni podian por lo mismo convenir en los medios de extirparlas. De esta divergencia en las miras de los soberanos participaban por precision los mismos padres del Concilio. Así los hemos visto en completa discordia, marchándose los mas á continuar el Concilio en Bolonia, mientras se obstinaba en no salir de Trento una grande minoría.

CAPITULO IX.

Siguen las controversias y guerras religiosas en la época de Carlos V.—Enrique VIII de Inglaterra.—Ana Bolonia.—Cisma.—Movimientos en Escocia.—Asesinato del cardenal Beaton.

La gran revolucion, y este título merece la producida en Alemania por Lutero, tuvo un principio, como hemos visto, muy pequeño, y con visos de ridículo; á saber: la venta de las indulgencias. Uno mas extraordinario, y que hubiera sido imposible imaginar, dió principio en Inglaterra á movimientos de la misma clase, que produjeron casi iguales resultados. Era la Inglaterra eminentemente católica, y uno de los países en que la Sede apostólica tenia mas influencia. A excepcion de la faccion de los Lolardos, que fué disipada á principios del siglo XV, no habia tenido disturbios ni guerras civiles de un orden religioso. Enrique VIII, no solo era un príncipe ortodoxo en toda la extension de la palabra, sino hasta teólogo. Cuando estalló la heregía de Lutero, compuso, ó hizo componer un libro en latin, en que combatia sus doctrinas (1). El verdadero motivo de tal pu-

(1) La obra tiene este título: "Assertio septem Sacramentorum adversus Martinum Lutherum, edita ab invictissimo Angliæ rege et domino Hyberniæ Henrico ejus nominis octavo."